

— ¿De verdad?... preguntó Duroy con algo de vanidad satisfecha.

— Sí, le has conquistado. Y además, escucha : ¿no me has dicho que te habías educado en una casa de campo?

— Sí ¿por qué?

— ¿Porque entonces debes conocer un poco el cultivo?

— Sí.

— Pues bien, háblale de jardinería y de cosechas, le gusta mucho eso.

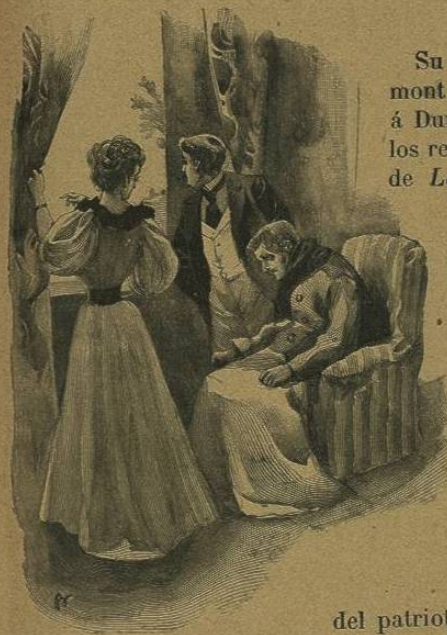
— Bueno. No lo olvidaré.

M^{me} de Marelle le dejó, después de besarle frenéticamente, pues aquel duelo había excitado su ternura de un modo extraordinario.

Cuando Duroy se fué al periódico reflexionaba :

— ¡Qué ser tan original esta mujer! ¡Qué cabeza de chorlito! ¿Se puede saber qué es lo que quiere y qué es lo que la gusta? ¡Valiente matrimonio! ¿Quién habrá tenido la fantasía de arreglar la boda entre ese viejo y esta muchacha sin sexo? ¿Qué razonamiento se habrá hecho ese inspector al casarse con esta verdadera estudianta? ¡Misterio! ¡Quién sabe! ¿El amor tal vez?

— En fin, dijo últimamente, lo cierto es que para querida es una mujer soberbia y que yo sería un tonto de capirote dejándola.



Su duelo con Langremont había hecho pasar á Duroy al número de los redactores de punta de *La Vida Francesa*,

pero como experimentaba una dificultad infinita cuando se trataba de descubrir ideas, se dedicó á la especialidad de las declamaciones sobre la decadencia de las costumbres, el rebajamiento de los caracteres, el debilitamiento

del patriotismo y la anemia del honor francés. (Duroy ha-

bía encontrado la palabra « anemia » de la cual estaba orgulloso.)

Así es que cuando M^{me} de Marelle, exuberante de ese *esprit* burlón, escéptico é ingenuo que se ha dado

en llamar *esprit* parisiense, se burlaba de sus parrafadas poniéndolas con un epigrama en ridículo, Duroy res-



pondía sonriendo : « ¡ Bah! Eso me hace una reputación para más tarde. »

Duroy habitaba ahora en la calle de Constantinopla

adonde había hecho llevar su baúl, sus cepillos, su navaja de afeitar y su jabón que constituía todo su equipo. Dos ó tres veces por semana la joven le visitaba antes de que él se hubiese levantado, se desnudaba en un minuto y, temblando de frío cogido en la calle, se deslizaba en la cama.

Jorge á su vez comía todos los jueves con el matrimonio y hacía la corte al marido hablándole de agricultura, y, como él mismo experimentaba placer en hablar de las cosas de labranza, ambos se interesaban algunas veces tanto en la conversación que se olvidaban completamente de su mujer, la cual dormitaba en el canapé.

Laurina se dormía igualmente unas veces sobre las rodillas de su padre, otras sobre las de Buen Mozo.

Y así que el periodista había partido, Mr. de Marelle se complacía en reconocer con aquel tono doctrinario, con que decía las menores cosas : « Este muchacho es realmente muy agradable. Tiene un espíritu muy cultivado. »

Febrero tocaba á su fin. Comenzábase á sentir en las calles el olor de violeta al pasar por la mañana las carretillas tiradas por las vendedoras de flores.

Duroy vivía sin ver una sola nubécilla en su horizonte.

Una noche al entrar en su casa encontró una carta que había sido deslizada por bajo de la puerta. Examinó el timbre del correo y leyó Cannes. La carta decía lo siguiente :

Cannes, Villa-Hermosa.

« Mi estimado señor y amigo : Usted me tiene dicho que podía contar con Vd. para todo ¿ no es cierto? »

Pues bien, acudo á Vd. para pedirle un penoso servicio : el de venir á ayudarme en los últimos momentos de Carlos, que va á morir. Tal vez no salga de la semana por más que todavía se levanta, pero el médico me ha prevenido.

« No tengo ni la fuerza ni el valor de presenciar esta agonía día y noche, y pienso con terror en los últimos momentos que se aproximan. Un servicio semejante solamente puedo prometérmelo de Vd., pues mi marido no tiene ya familia. Usted ha sido su camarada, él le ha abierto la puerta del periódico. Venga Vd., se lo suplico, pues no tengo nadie á quien acudir. Créame Vd. su más afectuosa camarada.

« Magdalena FORESTIER. »

Un sentimiento singular entró cuai soplo de aire en el corazón de Jorge, un sentimiento de libertad y de espacio que se abrían ante él : « Claro que sí, ¡ pues no he de ir ! ¡ Pobre Carlos ! ¡ Es uno de los nuestros, á pesar de todo ! »

El director, á quien Duroy presentó la carta de la joven, dió refunfuñando su autorización :

— Está bien, pero vuelva pronto; nos es Vd. indispensable.

Jorge Duroy partió para Cannes al día siguiente por el rápido de las siete, después de haber prevenido al matrimonio de Marelle con un telegrama, y llegó al día siguiente á las cuatro de la tarde.

Un mozo de cordel le condujo hasta Villa-Hermosa, un pequeño edificio levantado en mitad de la pendiente de una montaña, en aquel bosque de abetos, poblado por blancas casitas, que va desde Cannes al golfo Juan.

La casa era bajita, de estilo italiano, y estaba situada

al bordé de la carretera que sube en zig-zag á través de los árboles mostrando á cada rodeo admirables puntos de vista.

El criado abrió la puerta.

— ¡ Oh ! caballero, la señora espera á Vd. con impaciencia.

— ¿ Cómo está el señor ? preguntó Duroy.

— No muy bien; no tiene para mucho tiempo.

El salón en donde el joven entró, estaba tapizado de género persa color rosa con dibujos azules. La ventana alta y espaciosa daba á la ciudad y al mar.

« ¡ Caramba ! murmuraba Duroy : si esto es excelente como casa de campo. ¿ De dónde diablos sacan todo ese dinero ?

Un ruido de faldas le hizo volverse. Era M^{me} Forestier que le tendió las dos manos :

— ¡ Qué bueno ha sido Vd. viniendo, es Vd. muy bueno !

Y bruscamente le besó. Luego se miraron.

Ella estaba algo pálida y delgada pero fresca siempre y acaso más bonita todavía con su aire más delicado.

— Está terrible, ¿ Vd. sabe ? murmuró M^{me} Forestier, como se siente perdido me tiraniza atrocemente. Ya le he anunciado la llegada de Vd., pero ¿ y la maleta ?

— La he dejado en la estación, respondió Duroy, ignorando en qué hotel Vd. me aconsejaría hospedarme para tenerme cerca.

Por un momento ella vaciló, pero luego le dijo :

— Se hospedaré Vd. aquí en la casa. Su habitación después de todo, está lista. Puede morir de un momento á otro y si eso ocurriera de noche, yo me encontraría sola. Por lo tanto enviaré á buscar su maleta.

— Como Vd. quiera, dijo Duroy inclinándose.

— Ahora subamos, dijo ella.

Jorge la siguió hasta el primer piso en donde ella se detuvo y abrió una puerta. Duroy se encontró, cerca de una ventana, una especie de cadáver que le miraba; era Forestier, sentado en una butaca, envuelto en cobertores y lívido bajo la roja claridad del sol poniente. Apenas si reconoció á Duroy, más bien adivinó que era su amigo.

En aquella habitación sentíase el olor á fiebre, á tisanas, á éter, á brea, ese olor inexplicable de los apartamentos donde respira un tísico.

Forestier levantó la mano con movimiento tardo y penoso :

— Estás aquí, vienes á verme morir. Telo agradezco.

Duroy afectó que reía :

— ¿ Verte morir? No sería un espectáculo muy agradable y seguramente que yo no habría elegido una ocasión así para visitar Cannes. Vengo únicamente á saludarte y á descansar un poco.

— Siéntate, murmuró Forestier bajando la cabeza como sumergido en meditaciones desesperadas.

Su respiración era rápida y entrecortada y alguna vez lanzaba un gemido como si hubiera querido recordar á los otros lo enfermo que estaba.

Comprendiendo que él no hablaría, su mujer fué á apoyarse al balcón y, mostrando con un movimiento de cabeza el horizonte, dijo :

— Miren Vds. esto, qué hermoso es.

Enfrente de ellos, la cuesta descendía sembrada de lindas casitas hasta la ciudad, la cual se acostaba en semicírculo a lo largo del río, con la cabeza á la derecha, hacia el muelle de la ciudad vieja coronada por el an tiguolorrean del Concejo, y los pies hacia la izquierda,

en la punta de la Cruciatá y en frente de las islas de Lerins, que parecían dos manchas verdes en medio del azulado mar.

Y á lo lejos, cerrando el horizonte por el otro lado del golfo, por encima del muelle y del torreón, una targa serie de montañas azuladas dibujaban sobre el cielo brillante una línea gallarda de encantadoras cumbres, ya redondeadas, ya puntiagudas, línea á la cual daba remate un gran monte en pirámide que internaba su base en la pleamar.

— Ese es el monte Esterel, indicó M^{me} Forestier.

Detrás de las sombrías cimas, el espacio estaba rojo, de un rojo sanguinolento y dorado que la vista no podía resistir largo tiempo.

Duroy experimentaba á pesar suyo la majestad de aquel ocaso magnífico, y no hallando otra frase que expresara mejor la admiración que sentía, murmuró :

— En efecto, esto es desconcertante.

Forestier levantó la cabeza hacia su mujer :

— Dame un poco de aire, le dijo.

— Mira, le respondió ella, es tarde, el sol se está ya poniendo, vas á coger todavía frío, y sabes bien que no te conviene.

Forestier hizo con la mano derecha un ligero movimiento febril, que hubiera querido ser un puñetazo, y murmuró con gesto de cólera, con un gesto de moribundo que mostraba la delgadez de sus labios y de sus mejillas dejando asomar todos los huesos de su cara :

— Te digo que me sofoco. Qué te importa que muera un poco antes ó un poco después, toda vez que me encuentro a... molado...

M^{me} Forestier abrió el balcón cuanto grande era.

El aire que entró fué para los tres como una caricia.

Era una brisa blanda, tibia, apacible, una brisa de primavera alimentada ya con los perfumes de los arbustos y de las flores olorosas que brotan por aquellas costas, y percibíase en ella un gusto pronunciado de resina y el sabor acre de los eucaliptos.

Forestier la aspiraba con aliento febril y corto; de pronto crispó las uñas sobre los brazos de la butaca y con voz baja, silbante, rabiosa, pidió otra vez:

— Cierra el balcón, me hace mal. Yo quisiera mejor reventar en un sótano.

Su mujer cerró lentamente el balcón y después, apoyada la frente contra los cristales, se puso á mirar á lo lejos.

Duroy, á quien aquella escena le embarazaba, hubiera querido hablar con su amigo y tranquilizarle.

Pero no se le ocurría nada á propósito para reconfortarle.

— Á lo que parece no has mejorado gran cosa desde que estás aquí, balbuceó.

El otro se encogió de hombros con impaciencia y abatimiento:

— Ya lo ves. Y bajó de nuevo la cabeza.

— ¡Caramba! repuso Duroy, pues aquí hace un tiempo soberbio comparado con el de París. Allí estamos todavía en pleno invierno. Nieva, hiela, llueve, y desde las tres de la tarde está ya tan oscuro que es preciso encender las luces.

— ¿No ocurre nada de nuevo en el periódico?

— Nada. Ha entrado para reemplazarte el pequeño Lacrin que acababa de salir del *Voltaire*, pero no echará raíces. Hace falta que tú vuelvas.

— ¡Yo! balbuceó el enfermo. Á seis pies bajo tierra me voy ahora á escribir la crónica.

La idea fija de la muerte se le presentaba como un toque de campana, á propósito de todo, se le aparecía sin cesar en cada pensamiento, en cada frase.

Hubo un largo silencio; un silencio doloroso y profundo. Los ardores del ocaso se calmaban lentamente, y las montañas se volvían negras sobre el rojo cielo que empezaba á oscurecerse. En la habitación penetraba una sombra colorada, un comienzo de noche, que guardaba todavía resplandores de brasero moribundo, y parecía como si tiñese los muebles, las paredes, las colgaduras y las rinconeras, con tonos mezclados de tinta y de púrpura. El espejo de la chimenea al reflejar el horizonte tenía el aspecto de una placa de sangre.

Mme Forestier no se movía, de pie siempre, de espaldas á la habitación y con la cara apoyada en la vidriera.

Forestier comenzó á hablar con voz entrecortada y sin aliento, una voz imposible de entender:

— ¿Cuántos días me quedan de ver la puesta del sol?... ocho... diez... quince ó veinte... acaso treinta, pero no más... Vosotros tenéis tiempo, vosotros sí... yo he concluído... Y todo continuará... después... lo mismo que si yo estuviera...

Unos cuantos minutos permaneció sin decir nada y luego prosiguió:

— Todo esto que veo me recuerda que dentro de algunos días ya no lo veré más... Es horrible... no veré nada... nada de cuanto existe... los pequeños objetos que á diario uno maneja... los vasos... los platos... la cama en que uno descansa... los carruajes... Qué agradable es pasear en coche por las tardes... ¡Tanto como me gusta á mí eso!

Mientras decía todo aquello, Forestier agitaba los dedos de las manos con un ligero movimiento nervioso,

lo mismo que si tocase el piano sobre los dos brazos de la butaca, y á cada pausa que hacía, el silencio resultaba más penoso que sus palabras, pues se comprendía que su espíritu pensaba entonces cosas espantosas.

Duroy se acordó de pronto de todo cuanto Norberto de Varenne le decía unas cuantas semanas antes:

« Veo la muerte ahora tan cerca de mí que con frecuencia tengo deseos de extender los brazos para rechazarla... La descubro en todas partes. Los animalillos despachurrados en las carreteras, la hoja que cae, la cana sorprendida en la barba de un amigo me hacen trizas el corazón y me gritan : ¡Ahí la tienes! »

Aquel día no lo había comprendido, ahora lo comprendía mirando á Forestier. Y una angustia atroz, desconocida, entraba en él como si, allí cerca, al alcance de su mano, en la butaca en que aquel hombre yacía jadeante, hubiese sentido la asquerosa muerte. Tenía deseos de levantarse, de irse, de escaparse de allí, de volverse á París en seguida... ¡Oh! Como él lo hubiera sabido, seguramente que no venía.

La noche se había ya extendido por la habitación como un luto prematuro que cayera sobre aquel moribundo. Sólo el balcón resultaba ahora visible, delineando en su cuadro más claro la silueta inmóvil de la señora de Forestier.

Éste preguntó irritado :

— ¿ Es que hoy no se enciende la luz? ¡ Y esto se llama cuidar á un enfermo! »

La sombra del cuerpo que se dibujaba sobre los cristales desapareció, y un timbre eléctrico se oyó repicar en la sonora casita.

Un criado entró inmediatamente y posó un quinqué sobre la chimenea.

— ¿ Quieres acostarte? ¿ ó bajas á comer? dijo Mme Forestier á su marido.

— Bajaré, murmuró el enfermo.

Y en espera de la comida permanecieron todavía cerca de una hora inmóviles, los tres, pronunciando solamente de vez en cuando una palabra, una palabra cualquiera trivial é inútil, como si existiera un peligro, un peligro misterioso, en dejar que durase demasiado tiempo aquel silencio, en dejar que se condensase el aire mudo de la habitación, aquella habitación por la que vagaba errante la muerte.

El criado anunció, al fin, que estaba dispuesta la comida, que á Duroy le pareció interminable. Durante ella no hablaron, comían sin ruido y pellizcaban el pan con las puntas de los dedos, en tanto que el doméstico que la servía iba y venía sin que sus pasos se sintieran, pues como á Carlos le molestaba el ruido producido por las suelas de los zapatos, el hombre los había reemplazado por pantuflas. Únicamente se oía el duro tic-tac de un reloj de sobremesa, que perturbaba la calma de la estancia con su movimiento mecánico y regular.

Así que se hubo concluido de comer, Duroy se retiró á su habitación so pretexto de encontrarse fatigado, y apoyado en la ventana, contemplaba en medio del cielo la luna llena que, como un globo de quinqué enorme, arrojaba sobre las blancas paredes de la ciudad su claridad seca y velada, sembrando en la mar una especie de luz escamada y brillante, suave y movediza.

Jorge buscaba una excusa para marcharse de allí lo más pronto posible, inventando alguna astucia, telegramas que debía recibir, una orden de regreso de Mr. Waller. Pero sus resoluciones de fuga le parecieron

más difíciles de realizar cuando se despertó á la mañana siguiente.

M^{me} Forestier no se dejaría engañar por aquellos pretextos y él perdería por su falta de valor todas las ventajas que de su alianza con ella podían resultarle :

— ¡ Bah! se dijo, es fastidioso, pero ¡ qué importa! hay en la vida trances desagradables y además tal vez esto no dure mucho.

Hacia un tiempo soberbio, con ese cielo azul del mediodía que inunda de gozo el espíritu, y Duroy bajó hasta el mar, encontrando que era todavía demasiado temprano para ver á Forestier.

Cuando entró para almorzar le dijo el criado :

— El señor ha preguntado por Vd. dos ó tres veces. Si Vd. quisiera subir á verle...

Duroy subió y encontró á Forestier que parecía dormir en la butaca. La señora leía tendida en el canapé.

Al levantar el enfermo la cabeza, Duroy le preguntó .

— Y bien ¿ cómo te encuentras? Hoy tienes muy buena cara.

— Sí, esto va mejor; he recobrado algunas fuerzas, respondió Forestier. Almuerza de prisa con Magdalena porque vamos á dar un paseo en coche.

Cuando la joven se encontró sola con Duroy, le dijo :

— Ahí le tiene Vd., hoy se cree salvado. Desde por la mañana todos son proyectos. En seguida vamos á ir al golfo Juan á comprar porcelanas para nuestra casa de París. Quiere salir á todo trance, pero yo me temo cualquier accidente. No podrá soportar las sacudidas del camino.

Una vez el landó á la puerta, Forestier bajó la esca-

lera paso á paso y sostenido por el criado, y al ver el carruaje quiso que se descubriera como una Manuela.

Su mujer se resistía :

— Pero vas á tomar frío. Eso es una locura.

— No, se obstinó Forestier. Estoy mucho mejor, lo veo bien.

Pasaron primeramente por esos caminos llenos de sombra, abiertos entre dos jardines, que hacen de Cannes una especie de parque inglés, y luego ganaron la carretera de Antibes á lo largo del mar.

Forestier explicaba el paisaje. Indicó lo primero la villa del conde de París y después señaló otras. Se mostraba alegre con esa alegría buscada, artificiosa y débil del condenado, y para señalar los diferentes sitios que describía levantaba el dedo, pues no tenía absolutamente fuerza para extender el brazo.

— Ahí tenéis la Isla de Santa Margarita y el castillo de donde se evadió Bazaine. ¡ Nos la han dado á guardar con ese dichoso recuerdo!

Luego se acordó del regimiento y nombró algunos oficiales que le traían á la memoria anécdotas de la vida militar. Pero de pronto á un rodeo de la carretera apareció el golfo Juan todo entero con su aldea blanca en el fondo y la punta de Antibes al otro extremo.

¡ Forestier, de quien repentinamente se había apoderado una alegría infantil, balbuceó :



— ¡ Oh! ¡ la escuadra! ¡ vas á ver la escuadra!

En medio de la extensa bahía se descubrían, en efecto, seis grandes navíos que parecían peñascos cubiertos de cuernos, navíos gallardos, enormes, grandísimos, con excrecencias, con torres, con espolones que se hundían en el agua como si hubieran de arraigarse en el fondo del mar. Apenas se comprendía que aquellos buques pudiesen cambiar de sitio ni siquiera moverse, tan pesado parecía y tan amarrado al fondo todo aquello. La batería flotante, redonda y alta en forma de observatorio, semejava á esos faros construidos sobre escollos.

Un bergantín de tres palos pasaba junto á ellos en aquel momento para ganar lo ancho, y el verle pasar con sus blancas y alegres velas desplegadas, cerca de aquellos monstruos de guerra, monstruos horribles de hierro que estaban allí como agazapados sobre el agua, resultaba de un efecto lindo y gracioso.

Forestier se esforzaba por reconocer los buques y los nombraba :

— El « Colbert », el « Suffren », el « Almirante Duperré », el « Terrible », la « Devastación ». No, no me equivoco, decía luego rectificando, la « Devastación » es este último.

Llegaron al fin á un gran pabellón á la entrada del cual se leía : « Porcelanas de arte del golfo Juan », y el carruaje, después de dar la vuelta al rededor de un césped, se detuvo delante de la puerta.

Forestier quería comprar dos vasos para colocarlos encima de su biblioteca, y como apenas si hubiera podido bajarse del coche, se le llevaban hasta allí los modelos uno después de otro. Empleó mucho tiempo para elegir y consultaba á su mujer y á Duroy :

— ¿ Sabes? esto es para el mueble del fondo de mi gabinete. Así desde mi butaca lo tengo todo el tiempo á la vista. Lo que quiero, principalmente, es una forma antigua, una forma griega.

Y examinaba las muestras, se hacia llevar otras, tomaba de nuevo las primeras. Por último se decidió y una vez pagado el importe, exigió que el envío se hiciese en seguida.

— Estaré en París de aquí á unos días.

Al volver ya para casa y cuando pasaban á lo largo del golfo les hirió de pronto una corriente de aire frío, que se había deslizado por uno de los pliegues de un pequeño valle, y el enfermo se puso á toser.

Por el momento no fué nada, una ligera crisis; luego se agrandó, convirtiéndose en un acceso continuo, luego en una especie de hipo y por último concluyó en un estertor sofocante.

Cada vez que Forestier quería respirar, la tos le desgarraba la garganta saliendo del fondo del pecho. Nada le calmaba, nada le apaciguaba; fué necesario llevarle desde el landó á la habitación, y Duroy, que le tenía de las piernas, sentía las sacudidas de los pies á cada convulsión de los pulmones.

El calor de la cama no contuvo absolutamente nada la violencia del acceso que duró hasta media noche, hasta que al fin los narcóticos adormecieron los espasmos mortales de la tos. El enfermo permaneció hasta que fué de día sentado en la cama y con los ojos abiertos.

Las primeras palabras que pronunció fueron para pedir que entrase el barbero, pues quería que le afeitasen todas las mañanas. Se levantó para aquella operación de aseo, pero fué preciso volverle á acostar inmediatamente y se puso entonces á respirar con una